

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Recordati sunt vero discipuli ejus, quia scriptum est: Zelus domus tuæ comedit me. (Joan. II).

Los discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: El celo de vuestra casa me consume.

1. Nuestras iglesias han sucedido al templo de Jerusalem, del cual echó el Salvador á los profanadores... Lo que mas distingue á los templos, observa san Agustin, es el sacrificio... Los ejercicios de religion, las oraciones, etc., que se practican en ellos, pueden practicarse en todas partes; solo el sacrificio de la misa puede ser ofrecido á Dios en sus altares... De este sacrificio voy á hablaros... Si con respecto á este punto logro reformatos, habré puesto coto á los escándalos... Vos, Señor, sois buen testigo de esto...

2. Nada hay mas digno de nuestra atencion y respeto, que el santo sacrificio de la Misa... Para hacérselo ver lo consideraremos con relacion á su objeto, y con relacion á su asunto... Su objeto es honrar á Dios; su asunto es ofrecerle nada menos que un Dios... De ahí las dos proposiciones sobre las cuales versarán las dos partes de este discurso.

Primera parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque se ofrece al mismo Dios.

3. ¿Qué es asistir al sacrificio del Dios vivo? Es estar presente al mas augusto y santo ejercicio... Debemos asistir á él como testigos, como ministros y como víctimas... Examinemos cada uno de estos artículos.

4. Asistir á la misa es asistir al sacrificio mas augusto y santo de la Religion... Lo que decia un sábio cardenal de nuestro siglo... Y ¿cómo puede ser que la corrupcion del libertinaje nos haga proceder...? No es esto ultrajar á Dios, y ultrajarle en...

5. Cuando asisto al sacrificio, ¿cuál debe ser mi único objeto?

Honar á Dios. ¿Qué deberá, pues, pensarse de un cristiano que le deshona en aquello mismo que debia servir para honrarle y glorificarle?... ¿En qué consiste el honor que debemos rendir á Dios? Consiste, dice santo Tomás, en una protesta... En esto, dice san Agustin, se ve claramente... No sucede lo mismo con los Ángeles, dice el Crisóstomo,... Por otra parte, ¿qué desórden que hombres que llevan...? ¿Qué seria de nuestra Religion si se tolerasen semejantes abusos?... Asistir al sacrificio es venir... Pero, procediendo como procedéis... Y vosotras, mujeres cristianas, ¿no estais demostrándonos...? Ampliemos todavía mas este pensamiento: no solamente el sacrificio es... Pero... ¿cuántas veces no damos motivo á los paganos...? Estos podrian decirnos: ¿Quién de nosotros es mas criminal: el que es religioso como nosotros en su error, ó el que como vosotros es profanador, profesando la verdad? Esta idea es de san Agustin...

6. Mas no nos detengamos aquí. Para acabar de confundirnos... Asistimos al sacrificio como *testigos*... En esta inteligencia la Iglesia os permite... Honor que no hace... Honor de que excluye... ¡Ah! hermanos míos, exclama san Juan patriarca de Jerusalem... ¿No os ha dicho el sacerdote: *Sursum corda*, y no habeis respondido: *Habemus ad Dominum*? Pues en este momento estais mas ocupados... ¿Es esto tomar parte en un sacrificio...?

7. Asistimos como *ministros*. *Regale sacerdotium*, dice san Pedro,... El sacerdote celebrante no es un particular, es el representante de todo el pueblo... No es esto decir que todos los fieles sean sacerdotes... si todos, pues, participan del sacrificio como ministros, no exageraré si digo...

8. ¿Quién creyera..., que un cristiano..., quisiese convertir el templo en un lugar de...? Con dolor hablo así, echándoos... Lo que os digo lo han explicado ya repetidas veces los santos Padres... San Jerónimo y san Juan Crisóstomo no hablaban con mas dulzura que yo, cuando...

9. Asistimos como *víctimas*. Dice san Agustin: Jesucristo y la Iglesia forman un solo cuerpo; es, pues, imposible que el uno sea inmolado sin el otro: *Cum... tam ipsa per ipsum quam ipse per ipsam debet offerri*. Digamos, pues, con santo Tomás apóstol: *Eamus et nos, et moriamur cum eo*. ¿Cómo debe aparecer un cristiano que...? Como víctima espiritual: *Spirituales hostias*... Pero si imitais el crimen de los sucesores de Aaron..., siempre seréis una víctima, pero víctima de maldicion, dice san Juan Crisóstomo,...

10. ¿No es admirable, como nota el sábio Pico de Mirandola, que...? ¿Por qué esta diferencia?... Porque el enemigo de nuestra salvacion... Á pesar de todos nuestros desórdenes, la Religion es y será siempre santa, pues... Es mas que humana, pues á pesar de la irreligion...

Segunda parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, por ser el mismo Dios la víctima ofrecida en él.

11. Los templos, dice san Juan Crisóstomo, son el mas augusto ornamento y, á la vez, el mas visible oprobio de nuestra Religion... Así hablaba aquel santo Obispo... Aun cuando viviésemos, dice Guillermo de París,... El Salvador echó en cara á los judíos todos sus vicios, pero jamás les acusó de impiedad... ¿Qué hubieran pensado, qué hubieran hecho si... Y nosotros ¿qué debemos hacer ahora? Hé aquí tres consideraciones...

12. 1.^a: Cuando asisto al sacrificio que celebra la Iglesia, asisto al sacrificio de un Dios... No es esta una suposicion, es un punto de fe... Por consiguiente, si con mis respetos y adoraciones no ensalzo..., si contemplándole sobre el altar..., si... ¿no seré digno de sus mas rigurosas venganzas...?

13. 2.^a: Jesús se inmola, dicen los santos Padres, para enseñarnos lo que... Para esto, añade santo Tomás, era preciso... Hé aquí lo que Dios exige de nosotros, y lo que... ¿Quereis saber lo que hago aquí? nos dice: *Ego honorifico Patrem*, honro, glorifico, doy satisfaccion... *Et vos inhonorastis me*... Mientras yo en su presencia..., vosotros... Pero, ¿quereis, cristianos, honrarle como debéis? Id como Jesucristo... Id á entregaros... Así os lo enseña ese Dios...

14. 3.^a: ¿Qué mas hace Jesucristo en este sacrificio? No se contenta con decir: *Ego honorifico Patrem*, sino que, hablando de nosotros, dice: *Ego pro eis sanctifico me ipsum*, esto es, segun san Jerónimo, me sacrifico por ellos. Palabras, añade el mismo, que... *Ego pro eis*, etc. Sí, Padre mio, aquí estoy...

15. ¡Ah! dice san Bernardo, mi causa era desesperada... Cuan-
tas veces, prosigue este santo Doctor,... ¿Seré tan insensato que mezcle risas profanas á sus lágrimas: *Adhucne ludam et deludam lacrymas ejus?*... *Pro te mensa mysteriis extracta est*, dice san Juan de Jerusalem. *Pro te Agnus immolatur. Pro te angitur sacerdos*. Ved ahora qué sentimientos deben ocuparos... ¿No deben ser los de un pe-

ador contrito y reconocido?... Decid como David: *Quid retribuam Domino?*... *Calicem salutaris accipiam*... *Laudans invocabo Dominum*... Tal debe ser nuestra cotidiana ocupacion delante del altar.

16. Procuremos descubrir el origen de vuestros desórdenes. Ó creéis lo que la fe nos dice sobre este misterio, ó no lo creéis. Si lo creéis, sois en cierto modo mas criminales que los judíos... *Si enim cognovissent, numquam*, etc... Si no lo creéis, ¿por qué asistís á él? ¡Ah! cristianos, nos obligais á dudar de vuestra fe, á desear... ¿Qué digo? No, no es este mi deseo; otro es el fruto que... Juntos iremos á la santa montaña... Irémos á postrarnos... Irémos á ofrecerle... Irémos á reparar nuestros escándalos... Irémos á lavarnos, á purificarnos con la sangre...

SERMON II

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Recordati sunt vero discipuli ejus, quia scriptum est: Zelus domus tuæ comedit me. (Joan. II).

Los discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: El celo de vuestra casa me consume.

1. Puesto que se trataba de la casa de Dios, no hay que asombrarse, cristianos, de que el Salvador del mundo, enviado para sostener los intereses y vengar el honor de su Padre, manifestase tanto celo contra aquellos profanadores que echó del templo de Jerusalen con el látigo en la mano, y cuyas mesas y mercaderías arrojó indignado al suelo. Nuestras iglesias han sucedido á aquel primer templo; pero con ventajas tanto mayores, cuanto que en ellas se ofrece un sacrificio mucho mas precioso y augusto. Porque lo que mas particularmente distingue á los templos, segun observa san Agustín, lo que los consagra y les da un carácter propio de santidad, es el sacrificio. La majestad divina de que están llenos, los ejercicios de religion que se practican en ellos, las oraciones de los fieles que bajo sus bóvedas se reúnen, las alabanzas de Dios que allí se cantan, y las gracias que se dispensan, los santifican y dan ese carácter sagrado, que á un tiempo nos humilla y asombra. Dios, sin embargo, se encuentra en todas partes; en todas partes dispensa sus gracias, y puede ser rogado, bendecido, servido y adorado en todas partes. No hay mas que el sacrificio, quiero decir, el sacrificio de la ley de gracia, que no sea permitido ofrecerle en todas partes, que solo pueda serle ofrecido en sus altares. De este sacrificio, que no es otro que el santo sacrificio de la misa, voy á hablaros hoy, cristianos. Quiero enseñaros con qué espíritu y con qué sentimientos debéis asistir á él. Quiero, en lo que me sea posible,

corregir tantas irreverencias y tantos abusos como ante él se cometen. Este asunto es particular, mas no por esto debe de encender menos el celo de los ministros de Jesucristo. No se trata solamente aquí de la casa de Dios, sino de lo mas venerable y grande que se encierra en ella. Si con respecto á este punto logro reformatos, habré puesto coto á los escándalos que vemos en nuestros templos, porque el sacrificio de la misa es el que mas comunmente se ofrece á Dios en ellos. Vos, Señor, sois buen testigo de esto, nosotros tambien lo somos; y por poco sensibles que seamos á vuestra gloria, nada hay que debamos atacar con mas fuerza, ni combatir con mas ardor. Para esto necesito de vuestra gracia, y os la pido por intercesion de la Virgen María: *Ave María*.

2. No perdamos tiempo, cristianos; y para entrar desde luego en el asunto de que voy á tratar, digo que no hay nada mas digno de nuestra atencion y respeto que el excelente y santísimo sacrificio de la misa. Para convenceros emplearé dos razones, las cuales dividirán en dos partes este discurso. Yo considero á este santo sacrificio de dos maneras, y con dos distintas relaciones, á saber: con relacion á su objeto, y con relacion á su asunto. ¿Cuál es su objeto? Dios. Y ¿cuál es, al propio tiempo, su asunto? Dios mismo. Me explicaré, amados oyentes míos. ¿Qué nos proponemos en este sacrificio? Honrar á Dios; luego su objeto es Dios. Pero para mejor honrar á Dios con este sacrificio, ¿qué le ofrecemos? Le ofrecemos al Hombre-Dios. Ved aquí como Dios es su asunto y su objeto. De donde deduzco dos proposiciones que os ruego mediteis bien, y que deben inspiraros un santo terror, cuantas veces asistais á los divinos misterios. Será la primera parte de mi discurso, que el sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque está ofrecido al mismo Dios. Será la segunda, que el sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque lo que en él ofrecemos á Dios, no es nada menos que Dios mismo. Una y otra os instruirán acerca de una de las mas importantes materias de la fe, que es este sacrificio; y dándoos justa idea de la grandeza de Dios, despertarán en vuestra alma los sentimientos de la Religion.

Primera parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque se ofrece al mismo Dios.

3. Cuando asistimos á los divinos misterios, y al sacrificio propio de nuestra Religion, ¿qué es lo que hacemos, cristianos? No

le consideremos todavía según la relación particular que tiene con la persona del Salvador del mundo; fijémonos en la cualidad general del sacrificio. ¿Qué es este sacrificio, y qué entendemos nosotros por estas palabras, asistir al sacrificio del Dios vivo? ¡Ah! cristianos, quizás no lo hayáis comprendido nunca, y sin embargo él es uno de vuestros más esenciales deberes. Asistir al sacrificio es estar presente al más augusto y santo ejercicio de la religión que profesamos; ejercicio cuyo objeto principal es honrar la majestad de Dios; ejercicio que en el fondo y en la esencia consiste particularmente en humillar á la criatura en presencia de Dios; ejercicio por el cual únicamente puede rendirse exterior y auténticamente á Dios el mayor homenaje de adoración suprema. Hé aquí lo que es asistir al sacrificio del Dios vivo, como testigos, como ministros y como víctimas. Como testigos, para autorizar el sacrificio con nuestra presencia; como ministros, para ofrecerle á la par del sacerdote; como víctimas, para inmolarnos nosotros mismos espiritualmente con la primera víctima, que es Jesucristo. Si no cumplimos este deber con todo el respeto, con toda la piedad que exige, es indudable que el principio de la fe está alterado ó corrompido en nuestros corazones. Examinemos cada uno de estos artículos, y no perdamos una sola de tan sólidas instrucciones.

4. Sí, cristianos, asistir al sacrificio del verdadero Dios, es asistir al ejercicio más santo y augusto de la Religión. Así en las antiguas ceremonias el sacrificio era llamado ejercicio por excelencia; y así le llamamos todavía hoy, porque siguiendo la observación de un sabio cardenal de nuestro siglo, aquellas palabras del sagrado cánon, *Infra actionem*, no significan otra cosa que *Infra sacrificium*; como si la Iglesia hubiese querido advertirnos que, en efecto, la más grande acción de nuestra vida es el sacrificio, y hé aquí lo que en todos tiempos ha dado á los pueblos tan alta idea de él y de todo lo que le pertenece. Hé aquí lo que ha hecho tan venerable la majestad de los templos, la santidad de los altares, la dignidad de los sacerdotes: sentimiento tan universal, que puede muy bien ser colocado en la categoría de aquellos, por los cuales, según Tertuliano, parece que nuestra alma es naturalmente cristiana. Pero de este principio, ¿qué consecuencias no podría yo sacar contra vosotros? Y ¿cómo puede ser que en un ejercicio, por el cual parece que la naturaleza nos ha hecho casi cristianos, la corrupción del libertinaje nos haga diariamente proceder como paganos y como hombres sin razón? Porque al fin, amados oyentes míos, estais obli-

gados á reconocer que lo más divino, consecuente y respetable que hay para vosotros, es el sacrificio del Dios á quien servís; y á pesar de ser así, no teméis asistir á él como pudiérais al ejercicio menos serio, y que más impunemente pudiese ser despreciado: venís á presenciario con la imaginación puesta en otras cosas, bien distantes de él, por cierto, con pensamientos profanos, con ojos distraídos; y permanecéis viéndolo con frialdad, con disgusto, y adoptando á cada instante posturas indecentes. Si un hombre tratase un negocio temporal con tan poca reflexión, se le despreciaría, y vosotros no poneis en este la menor atención; no tenéis ni modestia ni recogimiento; asistís á él por costumbre, por ceremonia; ni vuestro espíritu, ni vuestro corazón toman parte en él: ¿no es esto ultrajar á Dios, y ultrajarle en la acción y en el momento en que especialmente debéis honrarle?

5. He dicho en la acción en que especialmente debéis honrarle, y la razón está clara. Porque, ¿qué es el sacrificio, y cuál es su fin? El sacrificio, dicen los teólogos, es un acto de religión, cuyo carácter propio es honrar el ser de Dios. Pero qué, ¿todas nuestras acciones santas y virtuosas no llevan el mismo fin? Es cierto, cristianos, pero la manera no es la misma. Dios es el fin general y principal de todas nuestras acciones, y esto es lo que tienen de común unas con otras: pero cada acción piadosa tiene además un fin particular que la distingue de las otras, y del que depende su perfección. El fin particular é inmediato que distingue al sacrificio es honrar á Dios. En todos los demás deberes, puede casi decirse que el hombre obra más bien por sí y por sus intereses, que por el interés de Dios. Porque si yo rezo, es por atraerme la gracia de Dios; si hago penitencia, es por librarme de su justicia; si practico buenas obras, es por aumentar mis merecimientos; si participo del divino Sacramento, es por santificarme uniéndome á Dios. Pero cuando asisto al sacrificio, ¿cuál es mi objeto? Honrar á Dios: este es el único que me propongo, y el que debe ser el término de mi intención, si esta está conforme con la naturaleza de mi acción. Á juzgar por esto, ¿qué deberá pensarse de un cristiano que hace servir para deshonorar á Dios aquello mismo que debía servir para honrarle y glorificarle? ¿Qué ha hecho Dios instituyendo el sacrificio? Ha dicho al hombre: Este es el homenaje que espero y exijo de tí. Tú no sabías aun reconocer la soberanía de mi dominio, y yo quiero enseñártelo. Para esto te prescribo este deber, que tú cumplirás asistiendo al sacrificio de mis altares. Luego, si así es, profanar tan

grande sacrificio con inmodestias y escándalos; asistir á él como se asiste á un pasatiempo, á un espectáculo, á una reunion mundana; salir de él sin llevar en el alma ningun sentimiento, ningun recuerdo de Dios: ¡ah! hermanos míos, todo esto, como dice san Jerónimo, es sin duda la realizacion de aquella especie de abominacion que el profeta Daniel habia previsto con horror, y que debia aparecer en el santo lugar. Aun va mas léjos; aun lleva mas adelante su indignidad. En efecto, si el fin particular del sacrificio es honrar á Dios, ¿en qué consiste ese honor que rëndimos ó debemos rendir á Dios? Consiste, responde santo Tomás, en una protesta que hago á Dios de mi dependencia, en una confesion respetuosa de mi miseria y bajeza, en un ejercicio, por decirlo así, de confusion y humillacion completa; y si soy pecador, en una confesion humilde y sincera de mi pecado, porque todo esto debe entrar en el sacrificio por parte del hombre; y hé aquí la razon por que el sacerdote hace pedazos la hostia, y la consume, para manifestar que el hombre no es nada en el órden de la naturaleza y de la gracia. En lo cual, dice san Agustín, se ve claramente la extraordinaria diferencia que hay de la oracion al sacrificio. Porque la oracion, elevando nuestras almas á Dios, nos eleva sobre nosotros mismos; al paso que el sacrificio nos humilla todavía mas, confundiéndonos en presencia de Dios. Con el sacrificio, si me es permitido hablar así, honro á Dios á expensas de lo que soy; y en la oracion Dios me honra en cierto modo á expensas de lo que es, por medio del trato y de las relaciones que quiere entablar conmigo. Como quiera que sea, mi sacrificio es inseparable de mi humildad; y como yo no puedo humillarme en presencia de Dios de mejor modo que ofreciéndole el sacrificio, de la misma manera no puedo tener parte en él mas que humillándome en presencia de Dios. No sucede lo mismo con los Ángeles, añade san Juan Crisóstomo; los Ángeles pueden estar presentes al sacrificio y humillarse: pero la humildad de los Ángeles, por profunda que sea, no es tan esencial para el sacrificio como la de los hombres. ¿Por qué? Porque el sacrificio que ofrece la Iglesia, siendo como es sacrificio de los hombres, y no de los Ángeles, no necesita para ser completo de la humildad de los Ángeles, sino de la humildad de los hombres. Por otra parte, cristianos, ¡qué desórden que hombres que llevan sobre la frente el sello de la fe, vengan al sacrificio del verdadero Dios, no solo sin la humildad religiosa del cristiano, sino con todo el orgullo del libertinaje y la impiedad! Cuando apenas

han hincado la rodilla, pónense á hablar, hacen lo que les parece sin miramientos ni respeto, y oyen con desprecio las prudentes advertencias y caritativas amonestaciones de los ministros del Señor. Desprecio, hermanos míos, que ni debe enfriar el ardor de nuestro celo, ni cerrar nuestra boca con tímido silencio, cuando el deber de nuestro ministerio nos obliga á tomar la palabra desde el púlpito. Porque, ¿qué seria de nuestra Religion si se tolerasen semejantes abusos? ¡Ah! cristianos; asistir al sacrificio, es venir á protestar delante de Dios que dependemos de él, que lo esperamos todo de él, que no adoramos mas que á él, que estamos dispuestos á humillarnos por él. Pero ¿pensais, amados oyentes míos, decirle todo esto, procediendo como procedeis; insultando, pues ya es forzoso decirlo, al altar y á los sagrados misterios que en él se celebran; tomándoos libertades que, una vez que se trata del honor de Dios, no vacilaré en llamar insolencias; sosteniéndolas hasta dentro del santuario con una audacia y un orgullo que nada es capaz de confundir? Y vosotras, mujeres cristianas, ¿no estais demostrándonos lo mismo, al dejaros ver en nuestros templos con todas las señales de vuestra vanidad? No trato precisamente de hacer la oposicion á vuestras modas y trajes; pero aquí no puedo disimular lo que ofende á la Majestad divina, lo que perjudica al respeto que le es debido. Cuando venís á la casa de Dios, ¿es acaso necesario que os acompañe todo el fausto del mundo? ¿Es necesario, pregunto, que se os distinga por vuestro lujo y vuestros afeites; que afecteis pertenecer á un alto rango, y que os hagais servir como si ocupárais el palacio de un príncipe? ¿Es esta la humildad tan esencial para el sacrificio? Si la piedad, una piedad sólida quiero decir, os condujese al templo de Dios, ¿no le diríais: ¡Ah! Señor, yo soy harto vana y orgullosa en el mundo, pero al menos delante de Vos seré humilde y modesta, y ya que el sacrificio es el tributo de humildad que debo ofreceros, no asistiré mas á él con este lujo que reprobais? El mundo no lo hace así, mas yo no debo guiarme por el mundo; censurarán mi conducta, pero á mí me basta con que Vos la aprobeis. Tertuliano, hablando á mujeres cristianas como vosotras, y aun mas cristianas que vosotras, decia así: ¿Por qué esas galas que os envanecen? Habeis renunciado á las pompas del siglo; ya no estais en las fiestas de los paganos, ¿por qué, pues, adornaros con los despojos del mundo, y traerlos al sacrificio de vuestro Dios? ¡Oh profanacion! exclamaba, y bien puedo yo exclamar con él lo mismo: ¡Es posible que las mujeres, haciendo os-

tentacion de trajes magníficos y brillantes, asistan á un sacrificio, cuyo objeto y fin principal es la humillacion de la criatura en presencia de su Criador! ¡Es posible que se presenten ante su Dios, tan adornadas segun las palabras del Rey profeta, y aun mas que los altares mismos! *Circumornatae ut similitudo templi.* (Psalm. cXLIII). ¿En qué emplean, pues, su tiempo? En estudiarse, en contemplarse, en admirarse, en recibir un vano incienso, en atraerse sacrilegas adoraciones, como si quisiesen elevarse á la altura del mismo Dios. Ampliemos todavía mas este pensamiento: no solamente digo que el sacrificio es una protesta que el hombre hace delante de Dios de la dependencia de su ser; añadido que es una protesta pública y solemne por la cual el hombre llama á todas las criaturas en testimonio de su sumision y religion, como si dijese: Cielos y tierra, Ángeles y hombres, vedme aquí delante de vosotros, pronto á declarar que hay un Dios que adoro, un Dios soberano, á quien todas las glorias pertenecen; y yo vengo ahora á reconocer su absoluta dominacion, y á someterme á ella. No hay otra ceremonia, cristianos, en que el hombre pueda hablar de esta manera. Cualquier otro ejercicio de religion que se practique, no significa lo que este; el sacrificio es solamente la confesion jurídica de lo que el hombre debe á Dios. Pero por un trastorno deplorable, ¿cuántas veces no damos motivo á los paganos é infieles á dirigirnos, en medio del mas santo de los misterios, la misma pregunta, ó mas bien la misma acusacion que David temia tanto oír de boca de los enemigos del Señor: *Ne forte dicant in gentibus, ubi est Deus eorum?* (Psalm. LXXVIII). Porque bien pueden decirnos los idólatras: ¿Dónde está vuestro Dios? Con esta ceremonia exterior quereis darnos idea del culto interior que le rendís; y precisamente de ella sacamos nosotros la prueba mas palpable de vuestra irreligion. Entrad en nuestros templos, y, sin tratar de instruirnos, instruíos con nuestro ejemplo. Decís que vuestro Dios es el verdadero Dios; pero vosotros sois falsos adoradores. Decís que nosotros adoramos falsas divinidades; pero al menos justo será que confeseis que las adoramos sincera y verdaderamente. Supuestos los principios y dogmas de vuestra fe, ¿quién de nosotros será mas criminal: el que es religioso como nosotros en su error, ó el que como vosotros es profanador, profesando la verdad? He tomado esta idea de san Agustin, que la comunicaba toda la fuerza de su elocuencia y de su celo.

6. Pero no nos defengamos aquí, cristianos: para acabar de confundirnos veamos en calidad de qué y con qué carácter asisti-

mos al divino sacrificio. Los Doctores dicen que como testigos, como ministros, como víctimas. Como testigos: sí, hermanos míos, vosotros sois testigos de lo mas misterioso y secreto que pasa entre Dios y los hombres. En esta inteligencia, la Iglesia os permite tomar parte en su sacrificio, y aun os obliga á que la tomeis con particular precepto. Honor que no hace indiferentemente á toda especie de personas, puesto que el castigo mas severo que ejerce en sus hijos rebeldes es, negarles entrada y prohibirles con sus censuras que tomen parte en él. Honor de que excluye aun á los catecúmenos, aunque ya estén iniciados en los misterios de la fe, por la razon de no haber recibido todavía el Bautismo. Solo admite á él á los fieles, cuya religion le es conocida, y cuya piedad quiere recompensar. Pero, al mismo tiempo, los obliga á merecer esta distincion por medio de un respeto digno de Dios. Cuando Dios en la Escritura toma por testigos de una verdad á los seres insensibles, los cielos se estremecen: *Obstupescite, caeli* (Jerem. II): y la tierra retiembla en sus cimientos: *Commota est, et contremuit terra.* (II Regum, XXII). Y vosotros, amados oyentes míos, testigos vivos del terrible sacrificio que se celebra en nuestros altares, ¿qué haréis? ¡Ah! hermanos míos, exclama san Juan patriarca de Jerusalem, ¿no habeis oido al sacerdote que os manda de parte de Dios que esteis atentos? ¿No os ha advertido que eleveis vuestro espíritu al cielo: *Sursum corda*; y no habeis respondido que ya le teneis puesto en el Señor: *Habemus ad Dominum?* Pues en este momento estais mas ocupados que nunca de lo que pasa en la tierra; en este momento, al dejar vagar vuestras miradas de un lado á otro, no buscáis mas que objetos que satisfagan vuestra curiosidad ó diviertan vuestro ocio. ¿Para esto habeis sido llamados al templo? ¿Es así, cristianos, como debeis tomar parte en un sacrificio, del cual no solamente sois testigos, sino ministros?

7. Porque, cualquiera que sea vuestra clase, en este instante sois ministros de Dios, amados oyentes míos; y no sin causa san Pedro, demostrando la dignidad y nobleza de los cristianos, entre otros varios títulos que les convienen les atribuye el del sacerdocio: *Regale sacerdotium.* (I Petr. II). Porque todo cristiano debe ofrecer á Dios el sacrificio de su redencion. El sacerdote, celebrándolo en el santuario, no es un particular, es el representante de todo el pueblo. Porque él no dice: ofrezco, suplico, confieso, protesto; sino: protestamos, ofrecemos, confesamos, suplicamos; porque todo el pueblo, en efecto, ofrece y suplica con él. No es esto decir que to-